

UNA MIRADA EDUCATIVA DEL DESARROLLO SOSTENIBLE O NO TE ANDES POR LAS RAMAS

Ramón Mínguez Vallejos
rminguez@um.es
Universidad de Murcia

Resumen

Vivimos una época de profunda crisis que afecta a las relaciones de las personas con la naturaleza, como también el equitativo acceso a los bienes y recursos que nos facilita la Tierra. La sociedad actual está asentada en la cultura del consumo, cultura que afecta a las formas de vida en su conjunto, a las múltiples manifestaciones de la vida y a todas las dimensiones de la persona. Durante los últimos decenios, el consumo ha aumentado de modo tan exponencial que nos ha conducido a una forma de vida que ha desembocado en una seria amenaza para el futuro de la humanidad y de la vida en este planeta.

La educación puede contribuir a modificar la relación de los seres humanos entre ellos y con la naturaleza. Para ello, es preciso reorientar el sentido de la educación hacia una forma de vida sostenible. Educar en valores para una vida sostenible no consiste solo en tomar conciencia de los problemas medioambientales producidos por un uso incontrolado y despilfarrador de las personas. Se necesita, además, otra educación basada en otra ética y en otra práctica educativa. El capital vital de la Madre Tierra debe mantenerse como un valor en sí mismo para las generaciones presentes y futuras. Junto a este valor, otros (el decrecimiento, la austeridad y la vía de la simplicidad) que contribuyan a un modo sostenible de vida.

Palabras clave: Valores; Educación; Sostenibilidad; Ciudadanía.

Abstract

We live in a time of deep crisis that affects people's relationships with nature, as well as the equitable access to the goods and resources provided by the Earth. The current society is based on the culture of consumption, culture that affects the life forms as a whole, the multiple manifestations of life and all the dimensions of the person. During the last decades, consumption has increased so exponentially that it has led us to a way of life that has led to a serious threat to the future of humanity and life on this planet.

Values Education can help to modify the relationship of human beings with each other and with nature. For this, it is necessary to reorient the sense of education towards a sustainable way of life. Educating for a sustainable life is not only about becoming aware of environmental problems caused by an uncontrolled and wasteful use of people. In addition, another education based on another ethic and another educational practice is needed. The vital capital of Mother Earth must remain a value in itself for present and future generations. Along with this value, others (degrowth, austerity and the way of simplicity) that contribute to a sustainable way of life.

Keywords: Values; Education; Sustainability; Citizenship.

1. Introducción

Durante los últimos tiempos ha ido creciendo la importancia crucial del medio ambiente para el sostenimiento de la vida, de insospechadas consecuencias para el futuro de la humanidad y demás seres vivos. Es por ello que se admite una estrecha vinculación entre medio ambiente y comportamiento humano. Esta relación se ha mostrado cada vez más patente con el progresivo deterioro medioambiental, lo cual ha contribuido a la aparición de una conciencia, prácticamente universal, de que la naturaleza está amenazada por la actividad humana. Esta percepción de riesgo ha sido uno de los principales argumentos a favor de la sostenibilidad entre naturaleza y vida. Desde esta perspectiva, se ha desarrollado una lógica del crecimiento sostenible en los múltiples experimentos dentro de los “límites del planeta” (Meadows, Randers y Meadows, 2006).

Pero, a pesar de los esfuerzos realizados durante los últimos tiempos, existe una notable evidencia científica de que el futuro de nuestro planeta corre serio peligro: la amenaza de destruir la biodiversidad de la vida y el riesgo de desaparición. Por eso hoy se admite que el actual modelo de producción es insostenible, como lo evidencian numerosos estudios, informes técnicos e investigaciones (Almond, Grooten y Petersen, 2020). Y también sigue presente la convicción de que no hay un futuro muy esperanzador para la vida en la madre Tierra y sus habitantes si no se adoptan medidas de mayor calado que afecten a las formas de vida humana.

Como dato revelador, el estudio realizado por GAD3 (junio de 2021) indica que existe una tendencia a mayor concienciación en la sociedad española ante el reto del cambio climático, mientras que las instituciones y las empresas aún tienen un largo camino por recorrer hacia la sostenibilidad. A nivel mundial, el informe del panel intergubernamental sobre cambio climático (IPCC, 2021) revela que el aumento de los fenómenos extremos es responsabilidad de la humanidad y que ya se han producido cambios irreversibles en la naturaleza durante siglos. El secretario de la ONU afirma que este estudio es un “código rojo” para la humanidad, porque nos enfrentamos a un riesgo inminente y la única manera de evitar que se supere este umbral es intensificar urgentemente nuestros esfuerzos y persuadir sobre el camino más ambicioso.

Así pues, no vale aceptar cualquier componenda. Si, por una parte, los elementos básicos que aseguran el sostenimiento de la vida se hallan en un acelerado proceso de degradación natural y, por otra, la actividad económica, política y cultural de la inmensa mayoría de la población mundial sigue un derrotero realmente poco sostenible, entonces la situación actual parece bastante evidente: la explotación abusiva de los recursos naturales está directamente relacionada la actividad humana y con el aumento de las desigualdades sociales en nuestro mundo (Rauchecker y Chan, 2016; Alvaredo, Chancel, Piketty, Sáez y Zucman, 2018).

Ante este panorama de serio riesgo de destrucción del medio ambiente y de la vida para todos, se pronostica la necesidad de un cambio radical del comportamiento humano. Numerosos especialistas demandan un nuevo paradigma que compatibilice el desarrollo equilibrado de las sociedades con el mantenimiento de la vida en el sistema Tierra (Steffen et al. 2015). También exigen un modo de vida “más amable” con todo lo

que rodea al hombre. Se trata, pues, de afrontar uno de los retos más importantes a nivel mundial, decisivo para el futuro de nuestro planeta (Francisco, 2015). Es el momento en el que, a nuestro juicio, la comunidad internacional debería revisar su *modus vivendi* y no “andarse por las ramas” para comprometerse más en la consecución de un mundo sostenible para todos.

2. (In-)Sostenibilidad

Leonardo Boff (2013), uno de los autores de la “Carta de la Tierra”, califica el problema de la sostenibilidad medioambiental como una cuestión de vida o muerte, trascendental asunto que amenaza a nuestro futuro común. Sin ánimo de exhaustividad, quizá sería suficiente con afirmar que el actual estilo de vida de millones de humanos es difícil de prolongarlo en el tiempo sobre la base de alguna de las siguientes argumentaciones.

2.1. Capitalismo y postpandemia: ¿cambiar para seguir igual?

Una de ellas se refiere a los supuestos cambios aplicados hasta ahora en la economía mundial y dirigidos desde los países más industrializados del mundo. Estos cambios no han logrado la deseada protección de nuestro medio ambiente, ni tampoco caminar hacia un futuro común deseado. El informe de Gould, Pellow y Schnaiberg (2008) constata que sigue prevaleciendo el sistema economicista de producción, generador de sociedades duales (riqueza y pobreza), y de altos niveles de contaminación medioambiental, como principal eje sobre el que se articula y en el que se sostienen prácticamente todas las sociedades de nuestro mundo.

Además, según el informe sobre la desigualdad global de Alvaredo, Chancel, Piketty, Saez y Zucman (2018), el 1% de la población mundial recibió el doble de ingresos que el 50% más pobre, un grupo que, sin embargo, ha experimentado tasas de crecimiento importantes. Por su parte, la clase media global, que contiene al 90% de la población de la Unión Europea y de Estados Unidos, se contrajo. Es relevante esta situación porque, desde finales del pasado siglo, se observa en prácticamente todos los países, tanto ricos como emergentes, transformaciones de gran tamaño en la propiedad de la riqueza, que pasa del dominio público al privado. Esto limita la capacidad de los gobiernos para reducir la desigualdad y los problemas relacionados con el deterioro medioambiental.

Al disminuir considerablemente el control del Estado sobre el sistema económico, éste convierte todo en mercancía: desde el agua y los alimentos hasta las relaciones humanas. No resulta extraño que no haya ética posible que no sea sino la de la ganancia económica y la moral del individualismo posesivo. La estrategia seguida como resultado de ese sistema es la de generar cambios que garanticen la continuidad del sistema capitalista, no en proteger la vida en la Tierra y el futuro de la civilización humana.

Con motivo de la pandemia causada por el COVID-19, se ha abierto recientemente un amplio debate sobre cómo será el mundo post-pandemia. Algunos optimistas creen haber “aprendido la lección” y se debe desarrollar una relación amistosa con la naturaleza y que las sociedades deberían superar las profundas desigualdades actuales en la línea marcada por la Encíclica del Papa Francisco; incluso, la Universidad debería tomar cartas en el asunto (Escámez y Peris, 2021). Si no

compartimos el deber de tratarnos de modo fraterno, digno y respetuoso, entonces es muy probable que nada ni nadie se salvaría de la anunciada catástrofe mundial.

En esta línea de argumentación destaca la publicación de Schwab y Malleret COVID-19: El gran reinicio (2020). Afirman que la pandemia ha agudizado la condición vulnerable del ser humano y las desigualdades a nivel planetario, siendo ahora, el tiempo oportuno de un “cambio radical” que ayude a modificar la inversión económica y el contrato social entre la población y su gobierno. “En el futuro, los problemas más importantes radican en la concatenación de lo económico, geopolítico, social, ambiental y los riesgos tecnológicos que se derivarán de su impacto en empresas y particulares” (Schwab y Malleret, 2020, 250).

Lo que causa grave preocupación con esta publicación es una nueva propuesta corporativista procedente de determinados grupos económicos (Stakeholder Capitalism), que desatienden las voces y demandas de la gran mayoría de la humanidad. La propuesta se encuentra inmersa en una burbuja capitalista, alejada de la realidad mundial. Precisamente con la pandemia se ha “descubierto” el esencial trabajo de cuidados no remunerados que se llevan a cabo en todo el mundo. Si en 2019 (Oxfam, 2020), los más dos mil millonarios en el mundo poseían más riqueza que más de cuatro mil millones de personas, es consecuencia de un sistema económico que refuerza el privilegio de una élite. Se debería caminar hacia una economía más humanista y en la publicación de Schwab y Malleret no se valora al conjunto de la sociedad, sino que se alimenta una nueva carrera por el beneficio económico y la acumulación de riqueza. No se pone en cuestión el paradigma que está destruyendo los bienes de la naturaleza, basado en el crecimiento y explotación de la naturaleza, como tampoco la cada vez mayor brecha de desigualdad social.

Creemos que difícilmente prosperará esta iniciativa, porque la Tierra está mostrando ya límites casi irreversibles de su sostenibilidad. Si no revierte el afán lucrativo del capital, seguirá produciéndose millones de seres condenados a la miseria y el hambre. Si no cambiamos nuestra relación con la naturaleza, ésta no podrá actuar como soporte básico para la humanidad.

2.2. El antropoceno: ¿más antropocentrismo?

Otro de los argumentos que justifica la insostenibilidad actual de la vida en nuestro planeta es aquella que hace alusión a la aparición de una nueva era geológica: el antropoceno. Los humanos han modificado el funcionamiento de la biosfera de manera tan profunda que muchos creen que estamos asistiendo a una época geológica inédita. Con ese concepto se quiere señalar la capacidad de impacto del ser humano hacia todas las formas de vida, haciendo desaparecer especies naturales y aumentar las condiciones que les son favorables (Cardinale et al, 2012). Lo característico del antropoceno es la constatación de la huella ecológica, esto es, el papel central que desempeña el ser humano para producir cambios significativos en la naturaleza .

Lo que está ocurriendo no es una novedad conceptual, sino que estamos viviendo bajo unas condiciones que nos permite afirmar que las acciones humanas sobre la naturaleza son de tal impacto ambiental que “el ser humano es contemplado como miembro de una especie biológica que transforma su entorno” (Arias-Maldonado, 2020,

16). Al admitir que vivimos en otra era geológica, ello supone reconocer de hecho que los seres humanos son un factor vital determinante.

En la actualidad, son innumerables las voces que se levantan afirmando la necesidad de garantizar la sostenibilidad de nuestro eco-sistema y de nuestra propia vida. Existe la alerta de que la Tierra ya no puede recuperarse al mismo ritmo que el ser humano hace uso de los recursos naturales. Hay situaciones de clara agresión que equivalen a una especie de “guerra total” contra la naturaleza, sin concederle reposo y tiempo para regenerarse. El antropoceno se parece a un teleproyector dirigido contra toda la biosfera, por lo que razonable preguntarse: ¿qué hacer para desactivarlo?

Se trata de un asunto inaplazable que urge cambiar nuestra relación con la naturaleza. Ya no se puede considerar a la Tierra como una despensa de recursos ilimitados. Aunque diversa, la Tierra es pequeña y sus bienes limitados, por lo que es necesario producir lo que necesitamos sin sobrepasar los límites de la Tierra y pensando en los que vendrán después de nosotros.

Por tanto, es un punto de no retorno actuar contra el imperio del antropoceno. Si la degradación de la naturaleza corre paralela con el deterioro humano de las sociedades, entonces la preocupación central de la ciudadanía ya no debería estar tan centrada en mantener los actuales niveles de vida y consumo en los países ricos o para descontaminar a los países en vías de desarrollo, sino en promover la ecología integral (Pérez Andreo, 2016), aquella que garantice el mantenimiento de la vida en todas sus manifestaciones. Además, es preciso cambiar la idea de que el ser humano no es amo y propietario exclusivo de la naturaleza, sino que es el principal responsable y guardián de la vida en nuestro planeta.

Es urgente “otra sostenibilidad” que no dilapide a la naturaleza y destruya el equilibrio Tierra-Vida. En consecuencia, es inevitable superar cualquier antropocentrismo que trate de asegurar egoístamente la vida humana desatendiendo a la comunidad vital de la que todos dependemos. La sostenibilidad debe atender a todo el sistema, centrado en una relación nueva con la Tierra, consigo mismo y con el “otro” (Mínguez, Romero y Pedreño, 2016). Estaríamos ante un nuevo paradigma, un concepto integrador de sostenibilidad.

2.3. Neoconsumismo: ¿consumir sin límite?

El problema es el actual sistema de relación hombre-naturaleza que descarta todo lo que no le resulte útil. Mientras sea productivo es útil, cuando no, se tira o abandona. La cultura consumista de usar y tirar (Martínez Barreiros, 2012) no atiende a los límites del planeta, poniendo en riesgo de extinción a eco-sistemas.

La sociedad de consumo ha ido provocando un comportamiento generalizado y, a la vez, individualizado de consumo desenfrenado e irreflexivo, alcanzando un alto ritmo de desecho de bienes. Los productos tienen su propia “fecha de caducidad”; es decir, están programados para dejar de ser útiles. De este modo, el consumidor ya no está atento tanto a la calidad del producto, sino a satisfacer sus deseos. Bajo esta perspectiva, la sociedad de consumo ha generado en el consumidor una espiral ilimitada de deseo consumista de bienes y productos. Y esta insaciabilidad del hombre contemporáneo genera toneladas de basura, lo que convierte al planeta en un lugar de constante degradación ambiental y en riesgo para todas las especies. Por todo ello, ante

las innumerables proyecciones de cubrir deseos insospechados del ser humano, es imprescindible tomar conciencia del lugar que ocupa en el planeta para no dejarse influir por culturas insostenibles y consumistas y perjudicar al medio ambiente y a las generaciones futuras (Sindei y Antunes, 2018).

Poner límites sería una de las palabras clave. Límites en el hombre, en sus elecciones y gustos. La sociedad de consumo ha creado una constelación de necesidades superfluas con la única finalidad de consumir más allá de lo necesario. Modificar nuestra estructura volitiva, deformada por el deseo excitado, llevaría a admitir que todo no está permitido, solo lo que asegure la pervivencia de lo vivo. Al poner límites a nuestros deseos, emerge otra clave en este nuevo concepto: todo está relacionado. El hombre está relacionado con el otro y con lo otro. Ello le permitirá evitar el enclaustramiento y abrirse a lo que está fuera de sí mismo: el otro hombre y toda la naturaleza como otra realidad de la que necesita ser preservada para vivir y perdurar en el tiempo.

Para preservar la vida es importante tomar decisiones apoyadas en la tecnología, pero también en la razón cordial y sensible (Cortina, 2007). En ella se encuentra la base de otra ética, caracterizada por la compasión (Mínguez y Pedreño, 2019) y el cuidado de la vida (Francisco, 2015). Esta ética del cuidado debe estar comprometida a favor de la vida y en contra del antropoceno (Boff, 2002). De ahí que sea necesario construir otro modo de vida orientado desde esta ética.

Por último, los comportamientos humanos en sociedades avanzadas se rigen más por la cultura del consumo y despilfarro que por la cultura de la resiliencia. Inmersos en la dinámica imposible del consumo ilimitado, es muy oportuno recordar que, durante las últimas décadas, las crisis climáticas extremas han aumentado en número e intensidad en muchas regiones del mundo. El efecto más significativo de esto es que el cambio climático se ha convertido en una de las principales causas del hambre y desigualdad en el mundo.

En efecto, el informe de la FAO (2021) indica que los conflictos, las condiciones extremas del clima y las desaceleraciones y debilitamientos de la economía, junto a elevados y persistentes niveles de desigualdad social, están en la base de inseguridad alimentaria y malnutrición de millones de personas. Junto a ello, el informe de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (UNOCHA, 2019), señala que los desastres naturales y el cambio climático generan un alto costo humano. Los desastres afectan a 350 millones de personas en promedio cada año y causan miles de millones de dólares en daños. Además, la inseguridad alimentaria está aumentando. En solo dos años, entre 2015 y 2017, el número de personas que experimentaron inseguridad alimentaria aumentó de 80 millones a 124 millones de personas.

Los argumentos señalados muestran, al menos brevemente, un evidente cuestionamiento del actual modelo de crecimiento capitalista. Es cierto que ese modelo ha creado mucha riqueza, pero dista mucho de haberse distribuido de modo justo, equitativo y solidario, incluso en aquellos países más redistributivos (sociedades del bienestar). No obstante, admitiendo el deterioro medioambiental, aún se sigue depositando fe en la ciencia y la tecnología, porque de su proceder terminará con este “descomunial” crecimiento. Sin embargo, el problema es cómo integrar la ciencia y la técnica para que no sean instrumentos de dominación de la naturaleza. Tampoco que

nuestro estilo de vida responda al interés privado, sino que sirva para el bien común de todos.

3. Educar hacia otro modelo de hombre, de sociedad y vida

Si educar hoy consiste en preparar personas competentes y emprendedoras que, con su capital humano, contribuyan al crecimiento económico y aumentar la producción capitalista, fácilmente es previsible que la educación seguirá formando individuos al modo burgués, entendiendo como tal a aquel que logra sobrevivir y enriquecerse por el esfuerzo personal de producir.

Aunque el capitalismo sea un sistema económico y dispone de unas estructuras que permiten la producción, no deberíamos olvidar que ella misma es una cultura, que difunde una imagen del mundo y exige para sí misma un modo de vida determinado. Es lo que Weber (2012, original de 1904) identificó como espíritu del capitalismo.

Una condición sine qua non para que el sistema de vida capitalista perdure en el tiempo es la incesante producción de bienes y servicios que, inevitablemente, se orienta hacia la obtención de beneficios individuales. Sin el deseo de acaparar riquezas, no habría necesidad de producir más de lo necesario, lo que daría lugar a que el crecimiento material corriera el riesgo de paralizarse y la forma de vida capitalista estaría amenazada de muerte.

La máxima capitalista, expresada de modo simple, podría resumirse en que ser es igual a tener; esto es, la medida del éxito es la aspiración desmedida a tener más. Curiosamente, este deseo, de notable estímulo para la burguesía, fue ensalzado por Marx y Engels (2013, 55; original de 1848), porque “lleva la civilización hasta las naciones más salvajes”. Insisten en que “la burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos” (Marx y Engels, 2013, 54).

Pero se deberían fijar límites razonables porque, cuando nada nos parece suficiente, es cuando aparecen los efectos indeseados. Por aspirar a tener de modo desmedido, se están produciendo gravísimos problemas sociales y destrucción medioambiental masiva. La misma lógica capitalista lo pone todo al servicio del crecimiento material, multiplicando los problemas a causa de una voracidad irrefrenable en el poseer y en el tener.

No cabe, por tanto, la gratuidad en el sistema de vida capitalista, como tampoco la capacidad para amar, porque “si amar es dar, no recibir, dar más de lo que reciben supondrá estar haciendo un mal negocio” (González-Carvajal, 2017, 151). Así mismo, Horkheimer y Adorno, en su crítica a la Ilustración, expresaron que el capitalista “pone en práctica la prohibición de amar [...]. En el mundo del intercambio está equivocado quien más da” (1998, 122). Si anhelamos otro prototipo de ser humano y sociedad, debemos ser conscientes de que educar ha de tener como objetivo prioritario la generación de una identidad que configure una mentalidad, sentimientos, deseos, aspiraciones vitales y comportamientos más allá del *modus vivendi* capitalista.

Posiblemente, como alternativa al modelo capitalista-burgués, estaríamos ante la necesidad de un prototipo de persona que anteponga el bien común al bien particular,

comprometido con la igualdad de derechos y oportunidades y orientado por el ideal democrático de una igualdad fundamental de todos los seres humanos. Es lo que Zamora (2018) denomina el modelo de ciudadano para este siglo. Pero el sistema educativo se enfrenta a una doble pregunta: ¿A quién educar? ¿Al burgués o al ciudadano? El carácter bifronte de la educación actual obligaría a unir la adquisición de competencias y conocimientos rentables en el proceso productivo con un ethos ciudadano que sirva de justificación en la que se sostienen las relaciones sociales. En otros términos, buscar un justo equilibrio entre una educación profesional y una educación más general, no siempre ha sido fácil de compaginar en los sistemas educativos.

Entendemos que es indispensable crear un puente entre las artes y las ciencias, entre la historia y la técnica, entre lo clásico y lo moderno, entre el pasado y el presente. Deberíamos educar en el diálogo entre la humanitas y la nuova scienza, un nuevo paradigma en el que emergiera un nuevo prototipo de ser humano.

El predominio de la ciencia, en detrimento de la sabiduría, no debería ser tan preeminente en nuestros sistemas educativos. Se ha hecho de la ciencia, del científico y de sus variedades técnicas, un mito, una esfera cuasi sagrada, caracterizada por la infalibilidad y por la creencia de que solucionaría todos nuestros problemas y perplejidades. A pesar de que la ciencia y sus productos técnicos han sido utilizados para fines perversos en numerosas ocasiones, no podemos olvidar que ella misma ha contribuido a la mejora de la calidad de vida de millones de seres humanos, aunque no de todos.

Pero la ciencia no lo es todo en la formación del ser humano. La sabiduría tiene su lugar imprescindible en la configuración de lo humano, válido para aprender a estar en su espacio y vivir como tal en su tiempo. La educación necesita de la contribución de diversas sabidurías como un modo de transitar de una cultura capitalista a otra cultura, la ecológica (Riechmann, 2015), y otra filosofía del cuidar como ecosofía (Comins, 2016), donde el bienestar, principal aspiración del capitalismo, sea sustituido por el bien vivir. Será más fácil, pues, inventar y encontrar salidas y soluciones en estos momentos difíciles y peligrosos cuando, precisamente, nuestra sociedad capitalista se muestra ineficaz y escasamente procura a los seres humanos una orientación y sentido humano, sino más aún desorientación e indecisión.

Aspiramos, por tanto, a un modelo de ser humano inserto en una nueva cultura que supere las limitaciones actuales. Nótese la gran erosión de las identidades culturales, morales y espirituales y la misma fragilidad de los modelos éticos y políticos, tema tan actual planteado en la simbología de la "liquidez" de Bauman (2007). Pero también adviértase de la complejidad de una nueva antropología, asunto que admite múltiples análisis. Solamente aquí indicamos, por ejemplo, el fenómeno del yo fragmentado que, junto al predominio de lo emocional, se concede primacía a lo inmediato y gratificante, a la acumulación lineal de cosas más que al descubrimiento del sentido de las cosas. Y si ampliamos la problemática hacia lo social, en ella se busca la satisfacción de todas las necesidades, pero impide que los individuos aspiren a grandes deseos y proyectos de largo alcance. La vida personal en la sociedad, saciada de consumo y derroche se presenta vacía, desviada y hasta enferma de tantos medios puestos a disposición, carentes de fines que le confieran un sentido humano.

4. Valores para educar en una sostenibilidad alternativa

Resulta bastante evidente que, ante el grave deterioro medioambiental, se está demandando otro modo de producir, consumir y vivir como ciudadanos de este mundo (Díaz-Salazar, 2020). A nuestro juicio, estamos ante un problema de formación moral. Así, abordar la cuestión del deterioro ecológico mostrando un comportamiento sostenible supone que debe ser abordado desde parámetros de justicia y equidad, desde el reconocimiento de la inalienable dignidad de todo ser humano y de nuestra inevitable responsabilidad frente a lo otro, esto es, la naturaleza y todo el sistema que hace posible la vida en sus múltiples manifestaciones (González y Mínguez, 2021).

Aquí optamos por una educación para una vida moral sostenible desde la filosofía de la alteridad (Legros, 2017). Esta educación no se limita al desarrollo del razonamiento o sentimiento moral que quede satisfecho con el cumplimiento de “imperativos categóricos” cuando se está ante el grave deterioro de la naturaleza y riesgo de extensión de seres vivos y/o ecosistemas, sino que inevitablemente comprometa a preguntarse en cómo inducir el sentimiento y el comportamiento de todos y de cada uno hacia otra sostenibilidad en la vida cotidiana. Así pues, nos situamos en una ética y una pedagogía de lo otro, cuya alteridad es el motivo central que expulsa al yo de su posición egocéntrica y dominante ante la naturaleza y los demás seres vivos (Mínguez, Romero y Pedreño, 2016). Es lo otro lo que provoca, estimula y pone en cuestión la lógica del ser humano como “centro de gravedad”, poniendo el centro de atención fuera de sí mismo, en lo otro (el sistema vida) como temática fundamental (Levinas, 2002).

Educar para la sostenibilidad de hoy es optar por una educación que sirva para dar respuesta de lo otro y al otro. Situados en este presupuesto, lo otro y el otro – especialmente quien sufre injusticias por vivir de modo insostenible– son los que demandan con urgencia una respuesta. Nos situamos en la perspectiva de formar al educando a que responda con su comportamiento ante los demás y lo demás (Mínguez, 2012). Ello implica formar para ver, juzgar y actuar. Ver las insuficiencias del individualismo posesivo y del crecimiento económico ilimitado que son dinámicas explotadoras y depredadoras de la vida en todas sus manifestaciones y de nuestro planeta. Juzgar nuestro mundo y nuestra forma de vida desde una visión integral en la que el ser humano debe responder de sí y de todo lo demás para lograr un justo cuidado de todo lo que hace posible la pervivencia de la Madre Tierra. Actuar no desde una ecología ambientalista o conciencia ecológica sin más, sino desde una ecología integral o conciencia planetaria que sea testimonio de una nueva cosmovisión realmente cuidadora del planeta y de todos los sistemas vitales.

Desde esta perspectiva, es posible aportar “salidas” al problema ecológico actual. Adoptar un repertorio de comportamientos alternativos a los que son predominantes en el actual sistema capitalista es uno de los retos con el que se enfrenta la educación de hoy. Resulta difícil imaginar ciudadanos educados de espaldas o ajenos a la situación actual del medio ambiente. Es por ello que aspiramos a edificar ciudadanos con otro estilo de vida consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. Si, hasta ahora, la educación predominante ha dado lugar a un amplio espectro de malestar generalizado ante los problemas y dificultades que se avecinan, necesitamos superar la sensación de alineación, de consumidores dóciles y ciudadanos hedonistas.

Así pues, es imposible sostener el derecho de cada individuo a acumular recursos más allá de sus necesidades básicas. Frente a esto, se alza como alternativa el provocativo término de decrecimiento sostenible (D'Alisa, Demaria y Kallis, 2015). El decrecimiento rechaza el lenguaje economicista y el mito de que crecer sin límites sea la única solución para vivir. El decrecimiento propone medir el desarrollo de la sociedad desde parámetros distintos del modelo economicista en vigor. Entre otros, el Índice de Desarrollo Sostenible, aplicado en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (Arias y Arriola, 2007), o el conocido enfoque de las capacidades de Sen y Nussbaum (Sanz, Peris y Escámez, 2018), sirven como alternativas al PIB para medir el desarrollo de las sociedades. Con ello se pretende revalorizar lo que ha estado fuera del mercado y aporta el "bien-vivir" a las personas. De modo sintético, el lema "vivir bien con menos y en común" define el decrecimiento como meta práctica para estos tiempos de inevitable ajuste. Entre los términos-valor que sobresalen en esta propuesta son: el cuidado, o sea, la acción a realizar para mantener, reproducir y disfrutar de las relaciones que nos definen como seres humanos; lo pro-común, consiste en una amplia variedad de sistemas y relaciones que permiten a un colectivo autoabastecerse y autogestionarse, y la autonomía, que se refiere a la capacidad de un colectivo de definir sus propias cuestiones y sus reglas, reconociendo la interdependencia que permita la vida para todos. En otros términos, el decrecimiento es el deseo de poner en activo tareas que la posmodernidad ha ido marginando en favor de un claro relativismo social y moral. En este sentido, la perspectiva del decrecimiento del prof. Taibo (2021) se centra, entre otras, en fortalecer vínculos interpersonales en esta vida más individual que social, en ocupar el tiempo libre sin perjudicar a la naturaleza, en restaurar el vigor de lo local y, en fin, apostar por la sobriedad y la sencillez.

Junto al valor del decrecimiento sostenible, se propone el valor de la austeridad. Con él se pretende alejar el consumismo, no gastar más de lo que necesito y optar por un estilo austero de vida. La austeridad nos invita no solo a vivir con lo necesario, sino también a la generosidad, a la ayuda desinteresada. Sin austeridad será difícil calmar el deseo insaciable del tener más. Austero es aquel que vive de modo sobrio. Es la persona satisfecha que acepta vivir con lo necesario, sin aspirar a más. En el fondo es llevar una vida moderada, autolimitada y menos dependiente de las necesidades superfluas.

Más allá del ámbito privado, la austeridad como valor adquiere su mayor expresividad en el contexto de la "civilización de la pobreza" en contraposición a la actual "civilización de la riqueza" (Sobrino, 2014). Aquella civilización rechaza el criterio capitalista de acumular bienes materiales como motivo dinamizador de la sociedad, y el deseo de disfrutarlos. En contrapartida, aspirar a que todos los seres humanos logren cubrir sus necesidades básicas se convierte en principio fundamental del desarrollo humano. Con ello no se trata de empobrecer a toda la humanidad, sino la de romper la dialéctica perversa de riqueza-pobreza, que lleva al insaciable deseo de tener más que el otro, e implantar un ethos carente de cualquier ansia de satisfacer necesidades superfluas. Se trata, pues, de vivir en la autolimitación, autosuficiencia e interdependencia en las necesidades básicas.

Por último, las propuestas anteriores encajan con otra que se resume con la palabra-valor de simplicidad. Tal y como vamos señalando en este texto, al igual que en numerosos informes técnicos, es necesario vivir de modo más sencillo, con un alto grado

de frugalidad e interdependencia. Esta alternativa, aunque difícil, lenta pero viable, busca lograr calidad de vida y equilibrio en nuestra relación con la naturaleza.

En esta línea de argumentación se sitúa la propuesta de Ted Trainer (2017), quien pretende una transición hacia un mundo más justo y sostenible. Parte de una premisa prácticamente irrefutable: nuestra forma de vida –la de los países más industrializados– es insostenible. O reducimos el 90% del consumo o sencillamente nadie sobrevivirá. Nuestro autor es tajante: el sistema capitalista no es viable y hay que ir creando otro. Entre sus múltiples propuestas, resalta aquella que se orienta hacia un cambio de mentalidad y estilo de vida más próximo a lo local. Es decir, se trata de revitalizar una sociedad más simple partiendo de las relaciones cotidianas entre los miembros de pequeñas comunidades. Evidentemente, esta propuesta muestra un carácter autogestionario, lo que implica una economía de crecimiento cero. Pero no significa “no crecer”, sino distribuir la riqueza y el poder de modo igualitario, de modo que permitiría a los sectores pobres del Tercer Mundo el acceso y el control de sus propios recursos, los cuales son suficientes para proporcionar una calidad de vida digna para todos.

Este nuevo sistema demanda un cambio en el imaginario social, por lo que la educación juega un importante papel en la tarea de orientarse hacia otros valores que aseguren la sostenibilidad de la vida en sus múltiples manifestaciones. Así, se propone impulsar una educación dialéctica entre valores contrapuestos: local – global, cubrir necesidades básicas – autolimitarse de necesidades superfluas, solidaridad – egocentrismo, bien común – interés privado. Junto a estos valores, otros como la compasión (Mínguez y Pedreño, 2019), la responsabilidad y los que sirvan para afrontar la adversidad, las dificultades, el fracaso o la exclusión (Mínguez, Romero y Gutiérrez, 2018).

Apostamos, por tanto, por unos valores alternativos que sirvan para construir otra sociedad, inclusiva y ecológica, orientada hacia el valor de la interdependencia entre los seres vivos y la naturaleza. Propugnamos otro estilo de ser humano, lejos de la mercantilización y de la posesión. Si el objetivo 4 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible aspira a una educación de calidad que garantice la inclusión, la equidad y aprender durante toda la vida, no será posible si no hay una contribución decidida por un cambio cultural hacia el desarrollo sostenible. Cambio que, en la última década, están apareciendo alternativas educativas que son escépticas sobre la posibilidad de alterar nuestra civilización sin romper drásticamente con el dogma capitalista-economicista en el que se fundamenta (Worldwatch Institute, 2017). De hecho, es imprescindible orientarse hacia el cambio y la transformación eco-social de los comportamientos humanos si se pretende evitar el colapso de la civilización humana.

5. Referencias

- Almond, R. E. A., Grooten, M., y Petersen, T. (Ed.) (2020). Living Planet Report 2020 - Bending the curve of biodiversity loss. Gland, Switzerland: WWF. https://wwfes.awsassets.panda.org/downloads/livingplanetreport_2020_informe_completo.pdf?55320/Informe-Planeta-Vivo-2020
- Alvaredo, F., Chancel, L., Piketty, Th., Sáez, E., y Zucman, G. (coord.) (2018). Rapport sur les inégalités mondiales 2018. París: Seuil. <https://wir2018.wid.world/files/download/wir2018-summary-spanish.pdf>

- Arias-Maldonado, M. J. (2020). Antropoceno. Paradigma: Revista Universitaria de Cultura. 23, pp. 16-23. <https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/19523?show=full>
- Arias, M. Arriola, G. (2007). Desarrollo Humano: una introducción conceptual. Guatemala: PNUD. <https://desarrollohumano.org.gt/wp-content/uploads/2016/04/2007-Textos-para-las-nuevas-generaciones.pdf>
- Bauman, Z. (2007). Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre. Barcelona: Tusquets.
- Boff, L. (2002). El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la Tierra. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2013). La sostenibilidad. Qué es y qué no es. Santander: Sal Terrae.
- Cardinale, B. J., et al. (2012). Biodiversity loss and its impact on humanity. Nature, 486(7401), 59-67. <http://dx.doi.org/doi:10.1038/nature11148>.
- Comins Mingol, I. (2016). La Filosofía del Cuidado de la Tierra como Ecosofía. Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (67), 133-148. <https://doi.org/10.6018/201501>.
- Cortina, A. (2007). Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI. Oviedo: Eds. Nobel.
- D'Alisa, G., Demaria, F., y Kallis, G. (eds.) (2015). Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era. Barcelona: Icaria.
- Díaz-Salazar, R. (coord.) (2020). Ciudadanía global. Una visión plural y transformadora de la sociedad y de la escuela. Madrid: SM.
- Escámez-Sánchez, J. y Peris-Cancio, J. A. (2021). La Universidad del siglo XXI y la sostenibilidad social. Valencia: Tirant Humanidades.
- FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF (2021). El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2021. Transformación de los sistemas alimentarios en aras de la seguridad alimentaria, una nutrición mejorada y dietas asequibles y saludables para todos. Roma, FAO. <https://doi.org/10.4060/cb4474es>
- Francisco (2015). Carta Encíclica Laudato Si' sobre el cuidado de la casa común. Madrid: Palabra.
- González-Carvajal, L. (2017). Luces y sombras de la cultura actual. Una guía para moverse por la modernidad tardía. Santander: Sal Terrae.
- González, E., y Mínguez, R. (2021) (coord.). Transformar la educación para cambiar el mundo. Murcia: Consejería de Educación y Cultura. [http://www.carm.es/web/pagina?IDCONTENIDO=20640&IDTIPO=246&RASTRO=c2709\\$m4331,4330](http://www.carm.es/web/pagina?IDCONTENIDO=20640&IDTIPO=246&RASTRO=c2709$m4331,4330)
- Gould, K. A., Pellow, D. N. y Schnaiberg, A. (2008). Treadmill of Production Injustice and Unsustainability in the Global Economy. New York: Routledge.
- Horkheimer, M., y Adorno, Th. (1998, original 1969). Dialéctica de la Ilustración. Madrid: Trotta. 3ª Ed.

- IPCC (2021). AR6 Climate Change 2021: The Physical Science Basis. <https://www.ipcc.ch/report/ar6/wg1/>
- Legros, R. (2017). *Levinas. Une philosophie de l'altérité*. Paris: Ellipses.
- Levinas, E. (2002). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Martínez Barreiro, A. (2012). La cultura de usar y tirar. ¿Un problema de investigación? *Revista Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 11(4), 149-170. Recuperado de <http://www.usc.es/revistas/index.php/rips/article/view/1303>
- Marx, C. y Engels, F. (2013, original de 1848). *Manifiesto del Partido Comunista*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas. Recuperado de <http://www.pce.es/descarga/manifiestocomunista.pdf>
- Meadows, D., Randers, J., y Meadows, D. (2006). *Los límites del crecimiento 30 años después*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- Mínguez, R. (2012). La responsabilidad educativa en tiempo de crisis. *Edetania: estudios y propuestas socio-educativas*, 42, 107-125.
- Mínguez, R. y Pedreño, M. (2019). La compasión ante el reto de las migraciones. En A. Arrufat y R. Sanz (coord.). *La ciudadanía europea como labor permanente* (pp. 119-141). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Mínguez, R., Romero, E., y Pedreño, M. (2016). La pedagogía del otro: bases antropológicas e implicaciones educativas. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 28(2), 163-183. doi: <http://dx.doi.org/10.14201/teoredu282163183>
- Mínguez, R., Romero, E., y Gutiérrez, M. (2018). La alteridad como respuesta educativa frente a la exclusión social. *Revista Complutense de Educación*, 29(4), 1237-1251. doi: <https://doi.org/10.5209/RCED.55228>
- OXFAM (2020). *Tiempo para el cuidado. El trabajo de cuidados y la crisis global de desigualdad*. Oxford: Oxfam. <https://www.oxfam.org/es/informes/tiempo-para-el-cuidado>
- Pérez Andreo, B. (2016). Ecología Integral. Una lectura de *Laudato Si'* desde el capitalismo neoliberal. *Miscelánea Comillas*, 74(145), 285-308. <https://revistas.comillas.edu/index.php/miscelaneacomillas/article/view/7671>
- Raucher, M., y Chan, J. (ed.) (2016). *Sustentabilidad desde abajo: luchas desde el género y la etnicidad*. Berlín, Alemania: Lateinamerika-Institut der Freien Universität Berlin. Recuperado de https://www.academia.edu/32939513/2016-Ulloa-Cuidado_y_defensa_de_los_territorios-naturalezas.pdf
- Riechmann, J. (2015). *Autoconstrucción. La transformación cultural que necesitamos*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Sanz, R., Peris, J. A., y Escámez, J. (2018). The capabilities approach and values of sustainability: Towards an inclusive Pedagogy. *Journal of Innovation & Knowledge*, 3(2), 76-81. doi: <https://doi.org/10.1016/j.jik.2017.12.008>

- Sindei, J., y Antunes, M. C. (2018). Sociedade de consumo e o consumismo: implicações existenciais na dimensão da sustentabilidade. *Revista Direito e Desenvolvimento*, 9(2), 303-318. <https://periodicos.unipe.br/index.php/direitoedesenvolvimento/article/view/815/568>
- Sobrino, J. (2014). Civilización de la pobreza contra civilización de la riqueza para revertir un mundo gravemente enfermo. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 125, 139-150. https://www.fuhem.es/wpcontent/uploads/2018/12/Civilizacion_de_la_pobrez_a_contra_civilizacion_de_la_riqueza_J_Sobrino.pdf
- Steffen, W., et al. (2015). Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet. *Science*, 347(6223), 736-747. Recuperado de <https://doi.org/10.1126/science.1259855>
- Schwab, K., y Mallaret, Th. (2020). COVID-19: The great reset. Genève: World Economic Forum. <https://www.weforum.org/great-reset/>
- Taibo, C. (2021). *Decrecimiento. Una propuesta razonada*. Madrid: Alianza.
- Trainer, T. (2017). *La vía de la simplicidad. Hacia un mundo sostenible y justo*. Madrid: Trotta.
- UNOCHA (2019). *Global Humanitarian Overview 2019*. New York: United Nations Office for the Coordination of Humanitarian Affairs. <https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/GHO2019.pdf>
- Weber, M. (2012, original de 1904). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- Worldwatch Institute (2017). *Educación ecosocial. Cómo educar frente a la crisis ecológica*. Barcelona: Fuhem ecosocial – Icaria.
- Zamora, J. A. (2018). El “valor” de educar. Una aproximación a la relación entre educación y ciudadanía. En R. Mínguez y E. Romero (coord.). *La educación ciudadana en un mundo en transformación: miradas y propuestas* (pp. 19-52). Barcelona: Octaedro.